

No todo el mundo

MARTA JIMÉNEZ SERRANO

narrativa **sextopiso**



No todo el mundo
MARTA JIMÉNEZ SERRANO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © MARTA JIMÉNEZ SERRANO, 2023
Autora representada por THE ELLA SHER LITERARY AGENCY

Primera edición: 2023

Imagen de portada
© LARA LARS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2023
América, 109
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-19261-33-5
Depósito legal: M-30331-2022

Impreso en España

Este libro es para Félix Tusell,
porque siempre es casa

El amor nunca trae nada bueno. El amor siempre trae algo mejor.

ROBERTO BOLAÑO

You do not have to be good.

You do not have to walk on your knees

for a hundred miles through the desert, repenting.

You only have to let the soft animal of your body love what it loves.

MARY OLIVER

ÍNDICE

Tenemos que dejarlo	13
Qué bien que existe Leonor	51
Filmín	57
Clamorosa y frenético	69
Colega	85
La Virgen de la Macarena	91
Lo de Verónica	101
El rastro	107
Pupila	115
Hallelujah	127
Cuando yo la conocí	137
horny asian teen	155
Un novio que tuve	167
La ciudad moderna	177
AGRADECIMIENTOS	209

TENEMOS QUE DEJARLO

El cigarrillo arde, pero es nuestra boca la que expelle el humo.

JULIO RAMÓN RIBEYRO

Ella fuma desde los diecisiete. Siempre Golden Virginia, siempre con el zippo plateado herencia de su abuelo Juan. El abuelo Juan fumaba en parte porque le gustaba y en parte por tocarle las narices a su hija, y por eso empezó a fumar ella: porque quería parecerse al abuelo Juan y por tocarle las narices a su madre.

Él fuma desde los veintiuno. Comenzó en el Erasmus porque una chica le ofreció un cigarro en una fiesta y tuvo que decir que sí. Al principio fumaba Lucky Strike hasta que se pasó a Pueblo, cuando todo el mundo empezó con el tabaco de liar; luego volvió a Lucky una temporada —le parecía más higiénico— y ahora fuma Drum oscuro, pero los lleva todos ya liados en una pitillera. Al fin y al cabo, el de liar es mucho más económico.

El gesto es simple: ella alarga su brazo, horizontal dentro de la cazadora vaquera, y le ofrece su zippo encendido sin soltarlo. Él se agacha hacia la llama y hace pantalla con la mano para encender su cigarrillo. Es viernes y son las once y media pasadas y es la calle Valencia y ella va de negro (salvo por la cazadora). Él lleva vaqueros, zapatillas de deporte y una sudadera, se yergue y da una primera calada.

—Gracias.

Ella cierra el zippo plateado, se lo mete en el bolsillo de la cazadora y se apoya contra la pared.

—De nada.

Por poco parece que va a terminar ahí, la conversación y la noche y la coyuntura, porque aunque en las películas e incluso en algunos libros el romance se fragüe así —cómo, si no—, pidiendo fuego, en la vida real eso no ocurre. En la vida real ella mira al infinito y él mira al suelo, y ambos se preguntan por qué nadie más ha salido a fumar. Pero entonces, desde dentro del bar suena una voz que grita:

—¡Elo! Vamos con otra ronda, ¿te pido una?

Y ella deja de mirar al infinito, y él deja de mirar al suelo, y ambos se giran hacia la puerta y gritan ¡sí!, y sorprendidos se miran el uno al otro, él más bien perplejo, ella más bien divertida.

—¿Te llamas Elo? —Enarca mucho las cejas y echa la cabeza para atrás, inhalando el humo.

—Me llamo Marcelo. Pero todos me llaman Elo, sí.

—Qué fuerte —dice ella—. Yo igual.

—¿También te llamas Marcelo?

Ella sonríe.

—Me llamo Eloísa.

Entonces ahí sí, la necesidad del mechero no bastaba pero la coincidencia nominal sí parece suficiente, Eloísa y Marcelo consideran inevitable volver juntos al bar para descubrir el amigo de quién —fue el de ella— había pedido otra ronda, y una vez dentro parece casi necesario compartir el botellín, que técnicamente les pertenece a ambos, los grupos de amigos se juntan, las rondas se suceden y cinco horas más tarde están recostados y desnudos mirando al techo del dormitorio de ella y comparten un cigarro que él enciende con el zippo plateado, y al hacer un comentario del tipo bonito mechero —la timidez crece y las ideas escasean después de la eyaculación— ella solo responde lo sé, era de mi abuelo.

Javi, el mejor amigo de Eloísa, terminó esa misma noche acostándose con Pablo, el compañero de piso de Marcelo. Ella se enterará unas horas después, gracias a un audio de Javi de tres minutos cuarenta segundos, seguido de un mensaje escrito: mejor llámame. Marcelo se enterará diez días después,

cuando una mañana al levantarse se encuentre a Javi en calzoncillos en su cocina, preparando café.

A partir de ahí sucede lo esperable, o incluso más de lo esperable. Marcelo cada mañana en el metro le escribe un whatsapp, qué tal anoche, esta tarde qué haces, hoy salgo pronto. Eloísa no contesta hasta las doce, en la pausa del café y el cigarrillo, es que arranco las mañanas a toda prisa, perdona. Eloísa trabaja en una empresa que se encarga de cosas de sostenibilidad y ecología en el ámbito internacional, aunque Marcelo nunca terminará de comprender bien qué hace. Llegará el día en que ella se lo reproche —¡ni sabes lo que hago!— y él se ofenda: cada noche escuchando los líos que tienes en la oficina, conociendo el nombre de cada compañero y el organigrama completo, y ahora me dices que no me entero. Pero no estamos ahí todavía. De momento a Marcelo le parece muy comprometido y admirable el trabajo de Eloísa —es, eso hay que reconocerlo, Marcelo, un trabajo comprometido y admirable—, y Eloísa se siente brillar cuando le habla de su trabajo.

Marcelo está haciendo el doctorado en Filosofía. Un poco tarde para ser doctorando, ya lo sabe, pero es la segunda carrera que estudia. No consiguió la beca FPU, ni la FPI, por apenas unas décimas, y aunque en el momento se preguntó si quizá la beca era para gente más aplicada o más inteligente, acabó concluyendo que quizá era para gente que no hubiera tenido que trabajar durante la carrera. Ahora avanza en su tesis —*El concepto del mal en Hannah Arendt o Hannah Arendt y sus consecuencias* o algo del mal, la banalidad, la contemporaneidad, el lenguaje: Eloísa nunca llegará a aprendérselo bien— y trabaja para un medio digital de reciente creación escribiendo unos trece artículos a la semana por 474,32 euros. Los domingos y algunos sábados pone copas en el José Alfredo.

Y después del doctorado, ¿qué?, preguntará Eloísa con impaciencia, una tarde de lluvia en la que Marcelo le cuenta que todavía pedirá una prórroga más, y Marcelo le dirá bueno,

seré doctor, y ella dirá ya, pero dices que en la universidad no hay plazas, y ante el silencio de Marcelo dirá mira, me voy a dar una vuelta, y él solamente dirá pero si llueve mucho.

No hemos llegado, aún. Por lo pronto a Eloísa le admira que Marcelo haya comprendido que Periodismo no le entusiasmaba y, si bien la había terminado con éxito, se hubiera metido a estudiar Filosofía con lo que ello implicaba, trabajar al tiempo, ir desfasado, y aparte qué inteligente parecía —qué inteligente era, Eloísa, concedámosle eso—, qué inteligente *era* cuando hablaba de las implicaciones de Hannah Arendt en el pensamiento contemporáneo.

Buenos días, guapa
Bien ayer con tus amigas?
Tomamos una cerveza a eso de las cinco?

Escribe Marcelo a las 8:01.

Hola
Bien!
No salgo hasta las siete, después vale :)

Responde Eloísa a las 12:07.

Todavía él no le reprocha a ella que no sea más cariñosa. Todavía ella no le reprocha a él que no sea más realista.

En uno de esos whatsapps él le propone ir al cine y ella dice que vale, y elige la película. Al salir de la sala sienten el aire helado contra la nariz y las mejillas. Hace mucho frío, constatan, la peli no ha estado mal, están de acuerdo, tampoco ha sido ninguna maravilla, ¿un cigarro y nos vamos? Venga. Cada uno saca su pitillo y Eloísa enciende ambos.

—¿Nos vemos el próximo sábado? —dice ella.
—He quedado con una amiga —dice él.
—Ah.

Eloísa da una calada y Marcelo la mira frunciendo un poco el ceño.

—Pero podemos quedar el viernes —dice él.

—El viernes tengo una fiesta —dice ella.

—Ah.

Otra calada, casi en perfecta coreografía, los dos al mismo tiempo.

Quedarán el domingo.

Quedarán el domingo, pero antes Eloísa quedará con Javi, lo verá subir la cuesta del Palentino arrastrando la bici, que dejarán atada a una farola, pedirán muchas cervezas primero, un par de bocatas después porque necesitan comer algo, y algunos gintonics baratos, toda la noche en la misma mesa, varias visitas al baño y salir a fumar de vez en cuando, Eloísa hablando y Javi relajado, Javi con su cara de paciencia, Javi que ya sabe a lo que viene.

—Pero a ver, ¿tú qué quieres con este tío? ¿No estabas en plan a lo loco? ¿Qué onda con el francés?

Eloísa resopla, ¡el francés!, piensa y resopla, y asiente y sí, estaba en plan a lo loco y quizá empieza a estar cansada. Es un coñazo, argumenta con contundencia, andar cambiando las sábanas todo el rato. Javi la mira con cara de no cuela, y ella le dice qué, y bueno, convengamos, Eloísa, que a nadie le da pereza cambiar las sábanas cuando está en época de cambiar sábanas, y convengamos también que no es tan grave alguna vez, entre una ocasión y la otra, si la cosa ha sido lo suficientemente profiláctica, no cambiarlas —reconócelo, alguna vez hiciste como que sí pero no—.

—Elo, no me hables de las sábanas, tía. ¿Tú qué quieres con este pavo?

Eloísa no lo sabe, pero sabe que no quiere hacer el tonto, sabe que está cansada de hacer el tonto, y tampoco es que quiera casarse mañana, ¿me entiendes? —Javi la entiende—, pero me dijo que había quedado con una amiga, *una amiga*, ¿me entiendes? —Javi efectivamente la entiende—, y yo de lo que paso es de ser una amiga —cuando Eloísa dice aquí *una*

amiga en realidad quiere decir una amiga *más*—, pero tampoco quiero ir y soltarle todo esto porque voy a parecer muy intensa.

—¡Pero eres muy intensa!

Pero Elo no quiere parecerlo y tampoco quiere casarse y tampoco quiere que Elo —el otro Elo— quede con una amiga, y de repente se ve en la necesidad de explicitar a ver, que a mí me parece genial que tenga amigas, ¿eh? Me parece, de hecho, necesario, y Javi se ríe porque el problema de tan sencillo es complejo, de tan complejo es sencillo.

—Habla con él.

Sí, sin duda lo razonable sería hablar todo esto con él, y no con Javi, pero Eloísa no quiere hablarlo con él y parecer —y ser— intensa, pero tampoco quiere no hablarlo, le gustaría que se diera normal, que *la cosa fluyera*, pero ya sabe que ella es incapaz de hacer que nada fluya.

—A ver, a mí cuando un tío me gusta no me apetece estar con nadie más.

—Pues muy bien.

—Pero igual eso es una cosa cultural y no pasa nada por explorar otras cosas.

—*Mulholland Drive* también es cultural, y a mí me encanta.

Eloísa siente que quiere mucho a Javi (porque lo quiere mucho) y luego toma una decisión determinante, fundamental, la decisión de ser espontánea, de ver cómo va la próxima vez.

—No le he escrito en toda la semana.

Lo dice con un brillo de orgullo en la mirada. Y es verdad, no le ha escrito ni una vez. Ha entrado en su perfil de Facebook tres veces al día, ha escuchado dos veces completas el disco de Nacho Vegas que él mencionó y ha googleado en tres ocasiones «Sepúlveda» y «Hoces del Duratón», porque al parecer su familia paterna es de Sepúlveda y él ha crecido bañándose en las Hoces del Duratón. Pero no le ha escrito, porque ha estado a sus cosas, que son lo suficientemente importantes.

Solo se levantan cuando cierran el bar, y caminan cuesta abajo los dos compartiendo el último cigarro, arrastrando la

bici a un lado. No es que a Eloísa se le haya olvidado preguntarle a Javi qué tal con Pablo. Lo hizo. Pero apenas hubo tema de conversación. Javi solo repitió tres veces muy bien, muy bien, muy bien. Y luego no contó nada. Debían estar realmente muy bien.

Marcelo tampoco ha escrito a Eloísa en toda la semana, pero mientras termina el posible esquema de un capítulo y se enciende un nuevo cigarrillo —la ceniza en la lata de Coca-Cola vacía—, googlea «sinovitis cadera», dolencia que Eloísa padeció con siete años, y que especialmente a esa edad resulta peligrosa, con el riesgo de que el hueso se lime y una se quede cojita para siempre. Eloísa lo dijo así —cojita para siempre—, aumentando el dramatismo del relato. Estuvo dos meses en reposo absoluto y recibiendo dolorosos —así lo dijo: dolorosos— pinchazos de penicilina en la cadera. Todavía hoy a veces en mitad de un polvo se acuerda y para en seco, y luego vuelve a mover la cadera pero despacito. Según Google, todo lo que ha contado Eloísa sobre la sinovitis es cierto. Entonces googlea el nombre de su empresa —«Ecosystem»—, y la busca en el organigrama, y la ve ahí con una camisa blanca que no le pega, con una cara de buena que tampoco le pega, con su media melena, su raya al lado, sus gafas redondas.

Oye las llaves y se queda muy quieto para escuchar bien. Entra Pablo. Entra acompañado. Juraría que es Javi. Claramente es Javi.

Marcelo suspira, apura el cigarro y sale al salón para ser simpático, solo quería saludar, nada más, os dejo, qué tal todo, y siente la mirada de Javi examinándolo de arriba abajo, la mirada de Javi recorriendo el salón y parándose en la rendija abierta de su dormitorio, y se preocupa de que quede claro que no ha salido en todo el día, ni saldrá en toda la noche, que está concentrado en su tesis, básicamente sus días consisten en leer y escribir filosofía, ¿una cerveza? Ya os la traigo yo, la traigo y os dejo, que querréis estar tranquilos.

Tenemos que dejarlo, dice Eloísa, cerrando los ojos al exhalar el humo gris del cigarro, y hay tanto placer en esa espiración que es difícil creerla. Sí, deberíamos, dice Marcelo sacando su pitillera. Salen del restaurante caminando y se cogen de la cintura con la mano que les queda libre, la otra sujeta lánguida el pitillo. Están contentos y aunque el otoño acaba hace bueno. De ir con abrigo, pero agradable. Están contentos y enamorados y, como quien dice, acaban de hacerse novios.

Entre los entrantes y el primer plato la conversación surgió de manera más o menos fluida, o eso es lo que le contará Eloísa a Javi, afirmación que será sin duda una mentira tremenda, una mentira que Eloísa les contará a sus amigos y a sí misma.

—Si vamos a seguir viéndonos yo no voy a ver a nadie más —soltó ella, de golpe.

Él abrió mucho los ojos.

—Vale.

Hubo un silencio. Los ojos de Eloísa tras sus gafas redondas. La melena a la altura de su barbilla.

—¿Y tú?

No quedaba claro si se trataba de una pregunta o de una amenaza, pero poco importaba. Marcelo se limpió con la servilleta y se entregó al discurso del caballero enamorado —porque realmente estaba enamorado; eso, Eloísa, hay que reconocerlo—, dijo claro, sí, por supuesto, yo te quiero en serio, yo quiero todo contigo. Eloísa se tensó y elevó la ceja izquierda por encima de sus gafas. A ver, ella tampoco había dicho *todo*. Ella tampoco había dicho *te quiero*. Lo miró. Sopesó muy rápido. No le devolvió el *te quiero* pero le tendió la mano. No dijo *todo* pero sonrió y le besó. La incondicionalidad de Marcelo era abrumadora, pero muy tentadora también.

A Marcelo le sorprendió que hiciera falta aclararlo. La miró hablar al otro lado de la mesa y la sintió nerviosa, los ojos caídos y las manos inquietas sobre el regazo. Era obvio, pensaba él, que iban en serio. Era obvio que estaba muy enamorado. Eloísa le gustaba de verdad y se imaginaba con ella para

siempre, y era la meta que daba sentido a su historia. Marcelo había cumplido ya con la imagen de galán, había estado con muchas chicas, se había dejado querer, y ahora necesitaba su relato de llegada, su contigo es diferente, su contigo me quiero casar.

Salen del restaurante contentos, decididos a quererse, se encienden cada uno un cigarro y caminan abrazados. Marcelo inhala frunciendo un poco el ceño. Eloísa exhala cerrando los ojos. Marcelo tose. Eloísa mira la ceniza a punto de caer. Tenemos que dejarlo, dicen. Y ahí, apenas treinta minutos después de comprometerse, de hacerse, como quien dice, novios-novios, comienza la ruptura, reconocida y explicitada por ambos —tenían que dejarlo—, aunque a la ruptura aún le quedan cuatro años por delante para ir configurándose, para ir creciendo, para asentarse. Cuatro años después de este día que celebrarán cuatro veces en el mismo restaurante al que han ido hoy —que no tiene nada de especial, salvo que se dio que ahí se hicieron novios—, cuando en mitad de su cocina ella le diga siéntate y le diga tenemos que dejarlo, sentirá que no hace sino corroborar lo que los dos ya saben, lo que los dos supieron siempre, porque en el momento de dejarlo la única lógica que tiene sentido es la de separarse, porque parece que anduvieron el camino para llegar hasta aquí, para comprobar que no debían de ningún modo estar juntos. Que todos los naipes se habían colocado para que el castillo pudiera venirse abajo.

Nunca fue muy cariñosa, pensará entonces Marcelo.

Nunca fue realista, pensará entonces Eloísa.

Por lo pronto caminan abrazados y felices.

Marcelo se lía todos los cigarros el día anterior. Normalmente mientras ve el capítulo de alguna serie que no requiera demasiada atención (digamos *Cómo conocí a vuestra madre*, aunque a veces vuelve a *Friends* o incluso a *Seinfeld*) coloca sobre la mesa baja del salón el tabaco, los papeles, los filtros y la pitillera. Y se lía quince cigarros para el día siguiente. Si intuye un día

complicado o muy ocioso, se lía veinte. Los enciende con cualquier mechero, el más barato del estanco, cualquiera de publicidad, uno que robó sin querer en la última fiesta en la que estuvo. Al terminar, recoge con el canto de la mano las hebras que han quedado sobre la mesa, guarda el tabaco, el papel, los filtros en un cajón y se reclina en el sofá a ver el final del capítulo fumándose un cigarro, que ya es el primero del día siguiente.

Eloísa se lía un cigarro cada vez que se lo va a fumar, se pone las gafas de diadema y se lo acerca mucho. Si va andando, se para. Si está hablando, se calla. Saca desordenadamente el tabaco del bolso y siempre tiene que pedir algo a alguien por la calle: papel, filtros. A veces se lo pide a Marcelo. Él se enfada: cuando no estoy yo, ¿qué haces? A ella la acabará poniendo muy nerviosa lo organizadito que es él para todo —cuando no estás tú, se lo pido a cualquiera—, pero de momento le parece que es su complemento ideal: menos mal que Marcelo es tan organizado. Lleva el mechero de su abuelo a todas partes, pero como está siempre perdido en el fondo de su enorme bolso, si tiene a alguien cerca, le pide fuego. Eloísa va dejando hebras de tabaco por todas partes: en el fondo de su bolso, en las solapas de su abrigo, sobre la mesa metálica de la terraza del bar.

El cigarro de después de follar lo comparten. Siempre comparten uno de Marcelo. Él saca uno de su pitillera, lo enciende y, tras esa primera calada, se lo da a Eloísa. Elo y Elo se miran. Ella se siente bien, conectada a él, atendida. Qué bonito es, piensa cuando él le tiende el cigarro, y también piensa: qué bien que no me tengo que levantar a liarlo.

Así no me llena la cama de tabaco, es lo que piensa Marcelo volviendo a la cama con la pitillera, y también piensa qué buena está. A veces, incluso, se lo dice.

En algún momento, ocurre la tarde perfecta. Esa tarde en la que los amantes piensan que pueden quedarse a vivir para siempre. Esa tarde que se convierte en una noche y luego en una mañana perezosa. La tarde en que Elo sonríe como una

estúpida y Elo sonrío como un estúpido, la tarde en que se llaman constantemente Elo el uno al otro porque les gusta llamarse igual. La tarde en la que todo se resignifica: el nombre que los ha llevado a conocerse. Pasean sin dejar de tocarse, la mano tonteando con la mano, la mano en la cintura, la mano por la espalda. Se sientan a tomar una cerveza, entran a una librería y les gustan los mismos libros, y al mismo tiempo este libro que le encanta a Eloísa Marcelo no lo conoce —tienes que leerlo, de verdad—, y este otro libro que le encanta a Marcelo Eloísa no sabe cuál es —te lo regalo ahora mismo—, y es casi tan placentera la coincidencia como el descubrimiento, lo que comparten y lo que no, el entendimiento al salir de la librería con una bolsita de papel en la mano y decir qué hacemos, lo que quieras, y besarse en mitad de la acera hasta que deciden qué hacer. Pasamos por el súper, vamos a casa, cocinamos algo. Pasan por el súper, van a casa, cocinan algo. Cenan con vino y follan en el sofá del salón y nunca antes han disfrutado tanto de un polvo. Lo quiero todo contigo, dice Elo, y yo contigo, dice Elo, y entonces vuelven a follar, y se quedan dormidos, y en mitad de la noche se arrastran a la cama, se tapan con el edredón medio a tuestas y Elo nunca ha estado tan a gusto y calentita, y resulta que Elo tampoco. Por la mañana, tarde, hacen café, tuestan pan, Elo sonrío con cara de estúpida y Elo sonrío con cara de estúpido, y ambos se preguntan en silencio si no sería bonito, si no estaría bien repetir esto todos los días, levantarse juntos y que uno ponga la cafetera mientras el otro hace las tostadas.

Van al cine, a votar, a un cumpleaños, a casa de una amiga, a alguna fiesta, van a verse quizá a las dos y media, y te invito a un café después del curro, mejor a una cerveza, dice ella, él dice solo vale. Van a parques, al sur, a la montaña, al pueblo del amigo de un amigo, viajan en autobús hasta Almería. Van, claro, a trabajar cada mañana, ella le roba a él una camisa, él se enjabona con el champú de ella —el bote de gel vacío durante

semanas, del que ya solo sale agua y alguna burbuja—. ¿Duermo en tu casa hoy?, dice Elo, y Elo dice vale, salen a cenar, salen a pasear, salen de fiesta con todos sus amigos y un día Eloísa se emborracha demasiado, he perdido las gafas, dice, y las tiene en la mano, insiste en pedirse otro ron cola, Marcelo la disuade, ella pierde el control, se cae al suelo, reposa la cabeza en el hombro de él dentro del taxi.

Un día Marcelo le organiza a Eloísa una fiesta sorpresa por su treinta cumpleaños, otro día Eloísa acompaña a Marcelo a una colonoscopia y él sale difuso y mareado, un poco como el día que tomaron eme en aquella fiesta, la fiesta de aquel día en que habían hecho nuevos amigos y les habían llevado un vino y un bizcocho. Otro día Eloísa prepara un viaje por su aniversario y otro día Marcelo la invita a una charla que da en la universidad y otro día los dos se disfrazan de Batman y Robin para una fiesta que Pablo y Javi organizan por Halloween, y de repente un día ya es el día, el día en que ya se han hecho una fiesta sorpresa, ya se han acompañado al hospital, ya han viajado juntos, ya han horneado bizcocho, ya han hecho amigos nuevos, ya se han disfrazado incluso de Batman y Robin y entonces solo queda la vida por delante, vivirla vestidos de sí mismos, en vaqueros, jersey y camiseta, salir, entrar, fregar el suelo del baño, recoger esas cosas que se amontonan con perseverancia en la mesa baja del salón —libros, tickets, moneditas de céntimo—, y es ahí cuando ya está, cuando la mesa y la vida y ellos mismos se quedan vacíos de toda novedad, de toda huida. Eloísa mira a su alrededor, se coloca las gafas con la mano derecha y dice cuánto humo, aquí no hay más que humo, cuánto humo, y tose, y abre un poco la ventana y dice ya no pasa de aquí, definitivamente tenemos que dejarlo.

El aparador cojea aunque han seguido paso a paso las instrucciones y, bueno, a veces es así, dice Marcelo, se siguen las instrucciones pero igualmente la cosa falla por algún sitio. Elo corta un trozo de cartón de la caja y calza el aparador. Hemnes,

157 x 88 cm, tinte blanco/marrón claro, 299 euros. Han tardado un poco en decidirse porque dudaban entre el blanco y el de madera. Bueno, dudaba Eloísa, a Marcelo ambos le parecían bien. Comprueban que con el cartón ya no se mueve, y observan su construcción. El aparador impoluto y recién montado contra la pared de la cocina, un aparador que acaba de convertirse en aparador y que poco a poco irá teniendo huellas de botellines de cerveza y de copas de vino —mira que te digo que uses los posavasos—, un frutero siempre vacío encima, las servilletas y poco más, un aparador sobre el que un día follarán, Eloísa sentada sobre el mueble, y será un polvo malo e incómodo porque el sexo siempre es ridículo cuando se imita a las películas o cuando se quiere innovar de manera forzada, o ambas.

Así, ordenada y metódicamente, cuelgan sobre la mesilla un cuadro que dentro de dos años descolgarán. Juntan en las estanterías los libros de ambos e identifican los repetidos para regalar algún ejemplar, quizá de ahí las disputas dos años más tarde: *El extranjero* era mío, te juro que era mío, pero yo también estoy convencida de que lo tenía, exactamente en esta edición. Y porque así era, porque lo tenían los dos en edición idéntica regalaron uno, y ahora este que queda y que sostienen en sus manos no saben cómo dividirlo. De igual modo pondrán entre los dos una funda de flores al edredón, funda que Marcelo no querrá —las sábanas te las puedes quedar— y comprarán un juego de sartenes y cacerolas que Eloísa cederá a Marcelo con justicia —en realidad yo nunca cocino—. Pero no hoy, no todavía. De momento contemplan el aparador recién armado y Eloísa enciende la luz para hacerle una foto y mandársela a su madre por WhatsApp, foto que dentro de dos años subirá a Wallapop, «aparador Hemnes Ikea usado en buen estado, 200 euros, 150 si se viene a recoger».

La casa común relaja a Marcelo y tensa a Eloísa, en un intercambio de fuerzas que parece no beneficiar demasiado a nadie.